

de hermosura à las flores del Campo; será tan deseuydado, que por falta de sustento permita se desampare vna Casa dedicada al honor de su Divina Magestad? Dios, que dà de comer à los polluelos de los cuervos, quando, à su modo, le invocan; será tan poco caritativo, que dexé morir de hambre à sus Siervas, que por complacerle, y seguir su vocacion, se privaron de todo consuelo humano? A millares de hombres facinorosos, y malvados provee Dios del quotidiano sustento necesario à la vida: y dudaremos, que personas dedicadas à su Divino servicio, no hallaràn en el inexhausto erario de la Eterna Providencia lo preciso à las cortas necesidades, y mantenimiento de pocas mugeres pobres? El que sustentò numerosísimos Monasterios de Antonios, Macarios, y Hilarios, nos faltará; quando con el mismo deseo de glorificarle, nos hemos vnido en este Convento? Y si dixessen, que la falta no vendrá por parte de Dios, sino por la nuestra; por qué nos cansaremos, ò se cansaràn, las que nos sucedan en este genero de vida? Respondo, que quien nos inspirò la vocacion, suplirá, y fortalecerà nuestra fragilidad para la perseverancia. Ello es cierto, que lo poco executado hasta aora, y la buena voluntad presente, no ha nacido de nosotras solas, sino de Dios, que jamás niega su favor à quien haze de su parte lo que puede. Quantos Monasterios de hombres, y mugeres, así de nuestra Orden, como de los demás, han perseverado largo tiempo en este modo de vida; y aun oy perseveran? Pues si ellos pueden; por qué tambien con la Divina gracia no podremos nosotras? Os parece, que si este Monasterio tuviese pos-

sisiones, y gruesas fincas, que rindiesen bastantes reditos, podriamos asegurar sobre ellas vna larga duracion? No me detengo à ponderaros, ser especie de inconstancia poco discreta asegurarle más sobre los Campos, que sobre las promessas Divinas. Pero dezíme: si las posesiones no diesen los productos ordinarios: ò si por guerras, carestias, ò temporales adversos, no pudiesen lograrse las rentas de vuestra seguridad (que no sería nuevo, ni desusado en el mundo) en este caso no tendríais la misma necesidad que aora? No sería menester recurrir à la Divina Misericordia, para que moviesse los corazones à que os proveyessen de sustentos? Pues lo que entonces hizieramos: por qué no lo harèmos siépre?

No aya, pues, entre vosotros, Hermanas Carísimas, quien dè lugar à pensamientos tan poco razonables, originados, y sugeridos del que tiene por empressa oponerse à lo que puede ayudar à las Almas en el camino del Cielo. El vè las grandes, y frequentes villidades, nacidas de la perseverancia en este santo Instituto, y à todo poder trabaja, para estorvarlas en los principios. Acordaos, que la santa pobreza es madre de las Virtudes: por que la necesidad nos haze humildes, sujetandonos à los que nos han de socorrer; y si no fuérase así, acaso los despreciaríamos, y descuydaríamos de tratarlos debidamente. La pobreza nos compunge, para ser devotas, precisandonos à recurrir à menudo al Señor, para que se digné de proveernos. La pobreza nos quita la ocasion de aquellos pleytos, y disensiones, que siembra quotidianamente el enemigo de

la caridad fraternal. La pobreza nos haze vivir desafiadas del mundo, y sus cosas; porque no es de admirar, que no se ame lo que no se haze poseer; como al contrario, es difícil arrancar el afecto de las conveniencias, en que estamos engoñados. La pobreza, en fin, nos haze multiplicar los meritos, y que conquistemos la herencia del Rey, no de los Cielos. De todo lo dicho, podeis entender claramente, qual espíritu guie à las que con el hermoso pretexto de prudente providencia inquietan à las Religiosas, llenando sus animos de vanos, y necios temores. La fervorosa, y Celestial energia, con que la Santa propuso sus razones, fuè tan eficaz, que todas confessaron llanamente su tentacion; y se fixaron tanto en la confianza Divina, que ratificaron con nuevo espíritu su santo Instituto de Pobreza; en que ha perseverado, y persevera hasta oy el Convento con mucha gloria de Nuestro Señor Jesu Christo, y alabanga de su fiel Espoza Santa Catalina.

Aun más que lo dicho hasta aqui se adelantaba la pobreza de Santa Catalina: porque no solo tenia desembarazado su corazon de todos los bienes de tierra; ni solo le tenia limpio del humo de los deseos, sino tambien purificado del amor à los mismos bienes del Cielo, fuera de Dios: que es lo summo de la pobreza de espíritu. Sabia bien, que el Alma, que amaba à Dios por la suavidad de amarle, rebolvía el amor en sí misma, y vestida con este casi imperceptible velo de resplandor amoroso, no quedaba en pura desnudez de coracon. Por esto huýó con valentísimo empeño de toda consolacion espiritual, cautelando el peligro de que sus dulçuras no se le quedassen pegadas à la voluntad. En consecuencia de tan generoso despego, y total desnudez de espíritu, dexò escritas à sus Novicias las siguientes palabras: Seréis felices, si perseverareis obrando lo bueno, sin buscar, ni desear consuelo alguno; pues dize S. Bernardo, que servir à Dios, no es otra cosa, sino obrar el bien, y padecer el mal. La Regla de la verdadera Religiosa ha de ser, no recibir consolacion, sino quando aya grande necesidad; que quien por el consuelo, y la dulçura quiere caminar à Dios, anda descaminado. En esta creencia, Amadas Hermanas, no apeteçais otro regalo de Dios, que acabar por su amor vuestra vida en estado de Obediencia, y sugecion voluntaria.

CAPITULO XI.

DE LA CASTIDAD ANGELICA DE
Santa Catalina: y de su rigurosa
penitencia.

La pureza virginal: Virtud nobilísima, y peregrina en el mundo, por tener su Patria en el Cielo; y su origen en el mismo Dios: estuvo en Santa Catalina con tanta excelencia, que gozò todas las libertades, esempciones, y privilegios de su hidalguia. No pago à la naturaleza aquel comun, y ordinario tributo, à que viven sujetas las demás mugeres. Mas que Hija de Adán parecia vn Angel humano, formado de pedazos de Cielo. Es constante dicho de los Escritores aver conservado Santa Catalina en cuerpo, y Alma aquel candor, que la bañò en la cristalina Fuente del Santo Baptilmo: porque, ni perdió en el Alma la gracia de Dios, ni en el cuerpo la limpieza virginal. Efecto de

esta quieren algunos que sea el olor suavísimo que exhala, y la incorrupcion, que goza su Santo Cadaver. Lo cierto es, que en vida, y en muerte fuè esta Virgen Azucena purísima, en quien se competian para la admiracion los candores, y las fragancias. Fuè vn Cielo cristallino, colocado sobre toda la Region del fuego: vn nuevo Olympo, bañado todo de nieve, de la qual, ni los negros humos, que respira el horno de la sensualidad en la carne corruptible, se atrevieron à ser suito. Gozò la corona de Virgen sin conflicto: acaso para que, ni el polvo de la lid llegasse à obscurecer en algo el lustre de su candor. Tan recatada anduvo de si, que se retirò de sus mismos ojos, negados siempre à ver alguna parte desnuda de su virgineo cuerpo. No supo de la lascivia mas que lo que bastò, para horrorizarse con solo el nombre, y prevenir sus insultos con las armas de la mortificación.

Era de complexion delicadísima, y tenia la salud muy quebrada al rigor de la continua calentura, y casi perpetuo fluxo de sangre: pero las valentias del amor la daban fuerças, para que castigasse el cuerpo en obsequio de la castidad. Haziolo así la Santa, sabiendo, que en tanto se conserva esta Azucena con vigoroso candor, en quanto se le haze balla de espinas de penitencia. Sus ayunos eran de todos los dias: sus viandas, grosseiras, y comunes: en la calidad, y fazon; sin eleccion del gusto: en la cantidad, sin satisfaccion del apetito. Nunca usò de lienços; y siempre traxo los pies enteramente desnudos, hasta que San Juan de Capistrano mitigò este rigor, ordenandola, que usasse de alpargates, ó sandalias. Su cama era vna tarimilla desnuda, en que tomaba brevisimo sueño, y tan breve, que Santo

Thomàs Cantuariense (como dirè despues mas de intento) baxò del Cielo à corregir la nimiedad de sus vigilias. En orden à sus disciplinas, y cilicios, no dizen cosa particular los Autores, que he visto: puede ser que sus Confesores, con atencion prudente al fluxo de sangre, que padecia, no la permitiesen en este genero de asperezas mas que las comunes. Verdad es, que estas eran tales, y tantas en aquel Convento (yà fuesse por el fervor de las Monjas, yà por el genio austero de la Prelada) que se juzgò aver perdido algunas la vida al exceso de las penitencias. Por esta razon San Juan de Capistrano, siendo Vicario General de la Observancia, y haziendo, como tal, la Visita Ordinaria de este Convento, corrigiò en su celestial prudencia el indiscretísimo fervor, ò zelo de tales mortificaciones; dexandolas para lo comun en vn conveniente medio: y ajustandolas en lo particular al espiritu, y circunstancias de cada vna. El exercicio penal, y exterior, en que mas se señaló Santa Catalina, fuè el de orar, tendidos en Cruz los brazos; porque le era muy frequente, y gastaba en èl muchas horas sin intermision.

Pero en lo que puso mas cuydado, como en lo mas importante para la guarda de la pureza, fuè, en la mortificación passiva de potencias, y sentidos; cuyos objetos deleytables suelen ser comunmente el fomento, que enciende, y aviva las llamas de la sensualidad. No ignoraba ser esta bestial passion vna fiera, que se vencia con la fuga mas bien, que haziendola frente; y que toda la destreza de la fuerte consistia en saber dexarla la capa. Por esto huia de Tornos, y Locutorios, de modo, que sola la obedi-

encia, ò la caridad la llevaba à ellos. Siendo Prelada dispuso, que los ramos de sus rejas se sobrecubriesen con cortinas negras, echandò en ellas otros tantos antemuros à la honestidad. Aborrecia con todo su coraçon el comercio de las Religiosas con personas seculares, aunque fuesen mugeres; porque estas, ò incautas, ò mal habitadas, suelen expresar tal vez sus passiones terrenas con no poco detrimento de la pureza, que conviene à las Esposas de Christo. Visitaronla en cierta ocasion vnas Señoras principales de Ferrara; y como facilmente sale à los labios, lo que ocupa el coraçon, començaron à hablar de su buena suerte en lograr esposos, y conveniencias à medida de los deseos. Entoncès la Santa, encendida en el amor à la pureza, se arrebatò de su espiritu, y cortò la conversacion, prorumpiendo en estas palabras. *O! Christo mio, ò Jesus, por que no te amamos! Por que no os consagramos todos nuestros coraçones!* Con esto las mugeres quedaron confusas; y advertidas para no hablar en otra ocasion delante de Santa Catalina cosa que no oliesse à Cielo.

No supo por experiencia las maquinas ocultas; con que la malicia del demonio haze à la pureza la guerra; porque siempre se gozò en pacífica posesion: supòlas, empero, por la Divina Luz, con que Dios nuestro Señor ilustrò su entendimiento; y con esta luz daba à sus Monjas altísimos documentos para la mas segura guarda de su tesoro: No os fieis, Hermanas (dezia) de vn enemigo, que mata con los halagos; mas que otros con puñales, y venenos. No busqueis vuestros consuelos entre vanas conversaciones con hombres, que si deleytan pocas horas como flores, suelen punçar, y atribular para siempre como espinas;

Parte V.

Sabed, que tal vez el ligero viento de vna palabra encendiò en la voluntad incendio, que necesitadron, para apagarle, rios de lagrimas. Temed mas, que la misma muerte, aquel genero de libertad en chistes, y gracejos, que llama la vanidad, donayre; y el desengaño, desemboltura. A los que con sus limosnas alivian vuestra penuria, dadles la retribucion en largas oraciones, y escasas palabras: y sea vuestro recato, y exemplo, nuevo fomento para su piedad. Vivid con la cautela de que mas de vna vez desde la Política hizo la Naturaleza passadizo à la liviandad, y desde la gratitud à la relaxacion. Dexad el mundo à sus amadores, y no hagais mucho aprecio de que por guardar silencio, y retiro, os tengan por grosseiras: que es gloria de la Esposa de Jesu Christo, que el mundo la repute, y dexé por crucificada. Ni en estas leyes del recato quisiera, que el parentesco; segun la carne, gozasse de essempciones; porque siempre juzguè ser la sensualidad vna fiera indomita, que para arrojarle al cebo, llega à romper los mas apretados vinculos. Recataos hasta de vuestros mismos Hermanos: que siendo, como son, hombres, les sobra mucho para enemigos. Confianças en vn Hermano perdieron la honestidad de Thamar: y siempre se echò al agua mas cercana vna sed de hydropefia. A los Ministros de Christo, con quienes tratads vuestras Almas, miradlos como Dioses en la autoridad, como Serafines en la virtud: pero como hombres en la fragilidad de la naturaleza. Conviene para con ellos tener el coraçon de palomas, y la cabeza de cuervos: quiero decir, que seais sencillas en amar su virtud, y reveren-

Ff 3

cias

clar su dignidad; pero tambien muy cautas, para prevenir peligros, temiendo su fragilidad, y la vuestra. Debido es amarlos, como à singulares Bienhechores de las Almas, que à costa de cuydados, y fatigas, las llevan à Dios en sus ombros: pero tambien es justo, que nosotros los escondamos el amor, y manifestemos solo la reverencia; ò, à lo mas, que solamente en el temor reverencial, y en el puntual cumplimiento de sus mandatos les demos à entender nuestra gratitud, y nuestro amor. Entended bien, que los Ministros de Dios, que nos aman en espíritu de caridad santa, no quieren mas intereses de su doctrina, que nuestro aprovechamiento espiritual. Este será el premio de su zelo, y la gloria, y calificación de su enseñanza: no aquellas mugeriles expresiones, que serian intolerables; no digo en Esposas de Jesu Christo, sino en mugeres de mediano seso. Por vitimo sabed, que el amor de caridad fraternal suele ser como el vino generoso, que pierde el espíritu, si se exhala mucho; y mientras está guardado en vaso corruptible, prudentemente se teme no se fuerça à vinagre. Esto es lo que nos previno el Apostol, diciendo, *Que acabanon segun la carne muchos, que comencaron en espíritu.* Hasta aqui los dictámenes de la Santa, dignos de toda la ponderacion de los Cuerdos. He sentido no averlos hallado expressos con palabras formales fuyas, para que tuvieran aquella gravedad, y peso, que les falta en las mias.



CAPITULO XII.

DE LAS VIRTUDES THEOLOGALES
de Santa Catalina, en especial de su Fè
obsequiosa, y Esperança
ardiente.

Aunque atendida la excelencia de las Virtudes Theologales, se les daba el primer lugar en las Vidas de los Santos; en esta, empero, de Santa Catalina, en que deseo poner à los ojos vn Dechado de perfectas Religiosas, tuve por conveniente comenzar por las Virtudes Morales; observando en historiarlas, el orden mismo, que se suele practicar en adquirir su perfeccion. Pero concluidas ya, y restado las Theologales, comenzarè por la Fè: si n cuya luz, ni la Esperança se enciende, ni la Caridad arde. Muchos, y casi continuos fueron por espacio de los cinco años los torbellinos de confusas tentaciones, que se conspiraron à extinguir en Santa Catalina la Fè de los Divinos Mysterios. No hubo cavilacion, ni falacia, que no si geriese el astuto Dragon, haziendo la guerra con aparentes argumentos de las Santas Escrituras. Pero no sirvieron estos combates sino de descubrir mas admirable la valentia de la Fè de la Sierva de Dios, permaneciendo inmóvil en el assenso de las Divinas verdades; como vna roca en medio del mar, en cuya constancia desbraban hechas pedazos las ondas. Favorecióla Dios N. S. en premio de su victoria con clarísimas Inteligencias de los principales Mysterios de nuestra Catholica Religión, los quales explicaba con igual facilidad, y energia. De aqui nació aquel aprecio, que hizo de la Escritura Sagrada, reverenciando sus palabras, como si las oyese inmediatamente de los labios del mismo Dios;

Dios; y las dexó señaladas en el Libro de las Siete Armas, por vna de ellas, para vencer, y rebatir los asaltos del demonio.

Lib. 7. Ar.
mas. cap. 7.

La septima Arma (dezia) con que podemos vencer à nuestros enemigos, es la memoria de la Santa Escritura. Debemos traerla en nuestro coraçon, y de ella, como de Madre fiel, tomar consejo en nuestras operaciones, segun se lee de la Sagrada Virgen Santa Cecilia, que *absconditum semper Evangelium gerebat in pectore suo.* Christo N. Salvador con esta Arma venció, y confundió al demonio en el desierto, diciendo: *Scriptum est non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei.* Así, Amadas Hermanas, no dexéis passar sin fruto las Lecturas quodidianas del Coro, y de la Mesa; y pensad, que los Evangelios, y Epistolas de todos los dias en la Misa, son cartas recientes, que vuestro Celestial Esposo os embia. Ponedlas con grande, y fervoroso amor en vuestros pechos, y lo mas continuo que podáis, meditad en ellas; principalmente en estando en la Celda, para abrazar dulce, y castamente al que os las remite. Con esto tendreis vn continuo consuelo, recibiendo tan à menudo noticias de lo que con tanto exceso amais. Como la Santa leia los Divinos Evangelios con este espíritu de Fè, se encendia en su voluntad el fuego del amor sagrado: y bañada todo de aquella dulçura, que experimentaba David en las palabras de Dios, dezia: *Oh que dulce, y suave es la eloquencia de Jesu Christo, para el Alma, que de él está ciertamente enamorada!* Pregunto: La Doctrina Evangelica por ventura, no es palabra dulçissima, y suavissima de la misma boca de Christo? No tiene duda: luego con quanta aten-

cion os parece que debe ser oída, y meditada!

Todos los actos de culto, y adoracion à Dios (que en postraciones; y genuflexiones hazia muchos en el dia) eran vn patente testimonio de la viveza de su Fè. Este espíritu era el que la traia fixa en la Divina presencia en todo lugar, y tiempo; y así andaba en continuo exercicio de Fè, reverencia, y adoracion. Sobresalían con excelencia estos actos, quando pagaba à la Suprema Magestad las Divinas alabanzas: procediendo en ellas tan absorta en Dios, que comunmente no le quedaba atencion para otras cosas exteriores; y sucedió muchas vezes quedarle inmóvil con el rostro elevado, y clavados los ojos en el Crucifixo, que coronaba el Facistol, en que se ponía el Libro para el rezo. Admirabala mucho huviesse persona Religiosa, que se dixesse à pensamientos vanos, mientras hablaba con la Magestad Suprema en el Oficio Divino. Quando oia la campana para él, dezia llena de Fè: *La trompeta nos llama; los Angeles nos hablan, y la obediencia nos comienda. Vamos à alabar à Dios, y preparémos nuestros corazones; para que como en otros tantos graneros, se deposite la abundante cosecha de las gracias Celestiales.*

Cinco condiciones pedia para rezar fructuosa, y perfectamente el Oficio. La primera, summa reverencia, y vigilancia, desechando el sueño, y pereza, sin creer, que rezado al descuydo se cumple con la obligacion. La segunda, no interrumpirle con pláticas inútiles, ò impertinentes; guardando silencio, sino es que le dispense gravissima necesidad. La tercera, decirle con orden, y distincion: no con celeridad, ni muy despacio, observando el medio. La quarta, que se diga con fervor, y sin fastidio; sufrien-

Grasset. lib.
3. cap. 3.

do con paciencia lo prolixo. La quinta, que sea con humildad, ajustando la voz con las de las otras, y concordando en todo con ellas.

A los Sacerdotes reverenciaba profun disimuladamente como à Christos del Señor; y le parecia, que traerlos en lenguas, era lo mismo, que poner la boca en el Cielo. Con igual quebranto oia las murmuraciones, y desprecios de las personas virtuosas; remiendos ser cierta la condenacion de aquellos, que con diente venenoso despedazaban à los Siervos del Altissimo, e infamaban à la virtud cò la faryta de la hypoeresia. Este dolor la hizo prorumpir en las palabras siguientes, que pueden servir de mordaza à desbocadas lenguas: La vida de los Obreros de la Viña del Señor, es digna de alabança delante de Dios, y de los hombres; aunque no conocida de la ciega necesidad de algunos, nos entendimientos mas terrenos, que Celestiales. Y es harta lastima, que no passará sin duda mucho tiempo, sin ser los que los mofan, llamandoles por embidia *Cabezas torcidas*, severamente condenados en el Juycio Divino; y les huviera sido mejor morderse las lenguas en mas atomos; que arenas tiene el mar, si fuese posible, antes que averles mortificado.

Los infortunios de la Santa Iglesia, y los vltimos de la Fè Catholica; la tuvieron de costa muchas lagrimas; y por todos los medios, que podia, sollicitaba su gloria, y exaltacion. Perdióse en sus dias el Imperio de el Oriente, entrando las Armas del Turco en Constantinopla: y todo el tiempo del sitio, hizo la santa continuas oraciones, y rigurosas penitencias, à fin de aplacar las Divinas iras. Pero siendo posible conceder su petition; porque las culpas de los Grie-

gos avian llenado ya la medida de la Divina Justicia: se le manifestó Dios en vision intelectual en el mismo instante, en que tomaron à Constantinopla los enemigos. Revelóle su Magestad toda la serie de tan fatal sucesos, y la consolò, dandola à entender la justificacion de sus Divinos Juycios, y ser conveniente este castigo para ocultos fines de su Providencia Santa.

La Esperança en la Sierva de Dios fuè individua compañera de la Fè; y dadas las manos estas dos Virtudes, reciprocamente se auxiliaban en sus conflictos. Corrieron en estos vna misma fortuna; y falleron igualmente laureadas con semejantes coronas. La Esperança con sus alientos avivaba las luzes de la Fè; y estas con sus luzes encendia los alientos de la Esperança. Todas las dificultades, que la hizieron frente en la practica heroica de las demás Virtudes, sirvieron de otros tantos trofeos à los pies de su Esperança, cuyos impulsos allanaron montañas, y despreciaron peñaligos. El mayor enemigo, que tuvo en Santa Catalina esta invencible Virtud, fuè vn linage de humildad viciada, y peligrosa, parecida en lo aparente à aquella solida, y verdadera; en que la Alma, quanto se profunde en el abysmo de su nada, tanto se levanta en la confianza de la Bondad, y Misericordia infinita. No sabe esta humildad acobardarse en lo mas difícil de la Virtud, porque la confianza santa la reviste de todo el Espiritu, y Fortaleza de Dios. Pero la humildad viciada, enemiga de la Esperança, es vn tristissimo conocimiento de la miseria propia, mezclado de caimiento de animo, y no sin impulsos de despecho, y desesperacion. Libróse la Santa de este baxo, corriendo siempre el mar de su miseria; sin

perder de vista el norte de la Misericordia Divina, para confiar en ella. Son apayo, y doctrina sus palabras. Puedo justamente dezir (escribive) que no espero mas que ruina, y confusion delante de Dios, y de los hombres: pero acordandome de lo que dize el Profeta, *Eciam si mortuus fuero, in misericordia tua sperabo: No quise apartarme de la excelente Virtud de la Esperança, que afablemente me dice, que podrè subir al Cielo, si en este mundo no tuviere donde reclinar la cabeza: Que encontraré gran placer, si aqui siempre tuviere algo que sufrir: Que conseguirè mucha honra, si entre las demás fuere por Christo escarnecida, asfida, y atribulada: Que estarè contenta en el Cielo, si aqui me faltasse, lo que mi gusto apetece: Que cantarè delante de Dios dulcemente, si en el Coro rezasse con humildad: Que Dios me hará immortal, è impasible, si fuere aqui por el menesterosa, y mendigosa: Y que si perseverare en su casto, y virginal amor, le gozarè sin duda, por su Bondad, para siempre.*

Con la experiencia de los gravissimos daños, que ocasiona en las Almas el caimiento de animo; y por el contrario, los grandes bienes que les vienen con la esperança en Dios: aconsejaba, que aunque se viessem caidas en el abysmo de la culpa, no dexassen de esperar firmemente en la Divina Misericordia. *Advierto à la Alma (dize) no desespere de la Bondad de Dios, aunque estè en pecado mortal, ni dexede hazer todo el bien que puiere, para que por este medio pueda salir de tan mal estado.*

A las Almas fieles; que se hallan en tribulacion, y desamparo, dexò aliento, y consuelo en esta doctrina. Entrémos varonilmente con prop-

titud de espíritu por el amor Divino, no en la batalla contra el mundo, y el demonio; y contra la carne, que nos fuè dada, para que sirviesse al espíritu. Pongamos estos enemigos à los pies de nuestro afecto, confiando firmemente en Dios, con la esperança de que nos darà abundante gracia, para conseguir victoria de ellos; pues nunca desechò à los que esperaron en él. Y aunque es verdad, que la Sierva de Dios se halla algunas vezes en tan penosa, y deshecha tempestad, que grita en su corazon, diziendo al Cielo, Dios mio, no me desamparéis: pero quando mas teme ser desamparada, entonces es focorrida perfectamente por oculto Mysterio de Dios. Tenemos exemplo de esto en su Vnico Hijo, quando en el extremo de su penosa, y amarga muerte gritò diziendo: *Pater, et quid dereliquisti me? Padre mio, por que me desamparaste? Y no obstante, se sabe, que Christo, verdadero Hijo de Dios, triunfaba perfectamente en aquel punto con el cumplimiento de la obediencia al Eterno Padre, con quien era vno, aunque entonces (como Hombre pasible, y mortal) dixesse, *Dios mio, por que me has desamparado? Y fuè esto, porque la Divinidad, inseparablemente vnida à él, dexaba padecer à la parte humana, y sensitiva, segun lo natural; y querialo así la Justicia, para que la obediencia penosa de Christo, cancelasse la delectacion inobediencia de nuestro primero Padre. Bolviendo à nuestro proposito, la Sierva de Dios no rema ser desamparada, aunque tal vez se lo parezca; porque el Eterno Padre nuestro Dios no permitirá, que le sobrevenga lo que no querria para su propio Hijo: Y quando se halle con mas angustia, y tribulacion, confie**

Lib. 7. Armas, cap. 9.

Lib. de las 7. Armas, cap. 3.

en el Divino socorro, acordandose de la dulce promessa, que hizo, diciendo por boca del Profeta: *Cum ipso sum in tribulatione; eripiam eum, & glorificabo eum: Con di estoy en la tribulacion; librarme del peligro, y le dare la gloria.*

CAPITULO XIII.

DE LA ENCENDIDA CARIDAD DE Santa Catalina.

LA Caridad; que como el Sol entre los Astros, resplandeca entre las demas Virtudes; descubrió en todas las de Santa Catalina lo vigoroso de su llama. Por esto, si à mí mandassen hazer vn Geroglífico expresivo de la Caridad de esta Amante Virgen: pintaria vn coraçon ardido, orlado de varios espejos, que ródos copiasen el coraçon, y sus llamas, con esta Letra *In Omnibus*: pues no ay duda, que cada Virtud fuya es vn cristalino espejo, en que se ve como arde todo el fuego de su amor. La Caridad, pues, era el fin, y motivo de sus Virtudes; y estas servian de nuevo fomento à la misma Caridad. Toda era ojos, para buscar en sus operaciones el beneplacito de su Amado; y toda coraçon, y manos, para executarle con prontitud, y alegría; atin que fuesse en lo mas penoso. *Quando dexò el zelo (protesta la misma Santa) mi unico objeto fuy hazer la voluntad de Dios, y amarlo perfectamente. En esto empleaba mis fuerzas, y desvelo, sin atender al desprecio, ò aborrecimiento del mundo, como ya amasse à Dios. Este empleo profignò toda su vida con tanta fidelidad, que nunca hizo con advertencia deliberada cosa alguna, que entendiessse ser opuesta à la voluntad Divina. Su aspirar à Dios era casto y continuo como su respirar; y se hizo poco menos que natural en su Alma*

Grasset. lib. 5. cap. 1.

aquella aspiracion de David, que dixè al principio: *Docet me facere voluntatem tuam. Enseniame, Señor, à hazer tu voluntad.*

Pulola el ardor de su Caridad en tan superior estado, que vivia de padecer; y le eran tan gustosas las penas, como pudieran los consuelos; porque las dulçuras de su amor transformaban en delicias las amarguras. Quarenta años padeciò la prolongada variedad de trabajos interiores, y exteriores, que dexò referidos; y al fin de su vida protejó, que se quedò con sed de padecer mas por su Amado: tal era el incendio de su amorosa hydropeña! Daba mayores realces à su fineza, pareciendole ser yelo su coraçon, pues no se exhalaba todo en deseos de padecer; y este fuè vno de los mayores delitos, que acriminò contra si su pluma, para juzgarle digna del aborrecimiento de las criaturas todas. O! quanta seria la inocencia de su Alma; pues el no abrasarse en mas ardores de penas, lo reputò por la mayor de sus culpas!

El dulce peso de este amor se llevaba tràs si fuerte, y suavemente sentidos, y potencias. Su entendimiento no tenia otro empleo, que el conocimiento del Summo Bien; que amaba, descubriendole con ojos de linçe en todas las obras de sus marinos, y sacando de todas ellas incentivos, para mas amarle. Las exteriores ocupaciones no eran embarazo al empleo de su amor; y de los mismos estorbos hazia escalones, para subir à los brazos de su Amado: ò por decir mejor, servianle de motivo, para abrazar mas apretadamente al que yà tenia su Alma. De aqui nacia aquella vnion extatica, y transformativa, en que vivia habitualmente dormida sobre el coraçon del Esposo, sin que ni el bullicio de las pasiones, ni el trabajo de las criaturas pudiesen inquietarla.

El

El torrente de amorosas influencias, que inundaba su coraçon, hazia se revertisse à los labios; y estos expresaban su passion amante en dulces sentimientos. Muchos de ellos escribiò en versos devotísimos, que repetia varias vezes para desahogo de sus fervores. Hablaba frecuentemente de las finezas del amor Divino; y quando se arrebatava de sus impulsos, no parecia sino que derretido el panal de su coraçon al calor del espíritu, se derramaba por sus labios en copiosos destellos de dulcísima eloquencia. En algunas de estas ocasiones se transformaba de modo, que mas que muger parecia vn Serafin abrasado; porque los ojos despedian rayos de luz, como dos Luzeros brillantes: El color de los labios, y mexillas (palido al rigor de sus achaques, y penitencias) se encendia, como si fuesse vivas asquas: El peso del cuerpo se aligeraba mas que vna leve pluma, y toda ella despedia de si vna fragancia del Cielo. En vno de los años, que fuè Prelada el Jueves Santo, despues de aver lavado los pies à las subitas con incomparable devocion, y humildad; les hizo vna Platica sobre los Mysterios de su Dulcísimo Esposo JESVS, que en aquel dia celebra la Santa Iglesia, habló tan altamente de los excessos del Amor Divino, y ponderò con voces tan vivas los esmeros de sus finezas, que arrebatada del Espíritu, se llevó tràs de si el de las oyentes, y las tuvo absortas, y pendientes de su boca por quatro horas continuas, que durò la Platica.

Teniala tan rendida el Amor Divino à su dulce cautiverio, que se maravillaba mucho, como era possible à coraçones racionales vivir sin amar à Dios. En las Esposas de Christo juzgaba por rigurosa ley respirar amor Celestial en todas las obras, y pala-

Grasset. lib. 2. cap. 12.

bras: y quando oia que alguna hablaba con demasado afecto de las cosas del siglo, le salia el dolor al rostro con modo tan maravilloso, que se le consumia la carne, y se envejecia, llenandose de rugas, como si tuviesse setenta años. Raro efecto por cierto; y no se si aun mas prodigioso, que el que hazia en David el Divino zelo, segun lo que el mismo Profeta dixo: *Tabescere me fecit zelus meus; quia oblitit sunt verba tua inimici mei: El zelo consumió mis carnes, porque olvidaron tus palabras mis enemigos.* El remedio, para que reflorciesse el rostro de la enamorada Virgen, y su juventud se renovasse como el Aguila, era, enmendar la conversacion, tratando de Dios en ella. Quando sucedian semejantes cosas, solia prorumpir su amoroso dolor en estas palabras: O quan misero es aquel coraçon, que se reparte en las criaturas, y no se emplea sin reserva en vn Dios, que hizo precio de todo su ser, para comprarnos. Por este aprecio del Summo Bien, media el dolor de perderle; y quando rezelò tenerle perdido en la noche de su ausencia, pensò discretísimamente que la contricion, ò quebranto de su pecho, no solo era grande como el mar, sino tan incomprehensible como el mismo Dios. *Vease la anotacion de la margen, Cap. 9. de este Libro.* En esta ocasion fuè quando llorò las lagrimas de fangre, que dexò referidas; y que reservò su Alma en lo mas intimo del Espíritu, para rubrica, y sello mayor de sus finezas.

Admirando vna Religiosa las centellas de amor Divino, que despedia el coraçon de la Santa en todo lo que hablaba, la dixo: O! Catalina, si yo tuviera el amor de Dios, que tu tienes, què dichosa seria. Respondió la enamorada Esposa de Dios con vn imperu de espíritu, que se llevó tràs si la humildad: Pues, Hermana, si quic-

Lib. 7. Ar. 2. mas. cap. 7.

quieres lograr esta dicha, has de poner de tu parte la diligencia. Y en que consiste esta diligencia? replicó la Monja. Respondió Catalina: En subir por quinze grados, que nos levantan hasta la cumbre, donde Dios descansa. Con esta ocasion escribió la *Escala del Amor Divino*, formandola de quinze grados, repartidos en tres Escalaciones, por donde ella misma avia ido subiendo: y podrá verse en el Libro de las Siete Armas Espirituales, que tengo citado repetidas vezes.

CAPITULO XIV.

DEL ABRASADO ZELO DE LA Gloria de Dios, y bien de las Almas, que tuvo Santa Catalina.

EL zelo de la salvacion de las Almas, si es como debe ser, es lo mas refinado, y vna como quinta-essencia del amor de Dios. Sabe el coraçon amante, que en cada Alma, que cae en el abyfimo de la perdicion eterna, se malogra, y malbarata toda la Sangre, y el infinito precio de los meritos de Christo: sabe, que se entrega al perpetuo vitrage de los demonios la hechura de las manos de Dios, criada con amor immenso á su imagen, y femçança: sabe, que en cada precifio se enciende vn infierno nuevo, y formidable, de odio, y aborrecimiento, que por toda la eternidad estará bomitando llamas de horrendas blasfemias, vibradas derechamente contra el Cielo de la misma Bondad, y Santidad Divina. Con todas estas noticias, que dignamente pondera el coraçon, queda traspasado de vn vehemente dolor, que le saca fuera de sí, y le impele poderosamente á impedir tales, y tantos males: atropellando peligros, desprecian-

do muertes, abrazando infierños, abandonando glorias, y arrojandose á intentar hasta los impossibles: De modo, que ninguna otra cosa atiende, ni en el Cielo, ni en la Tierra, sino que las Almas se remedien, para que su Dios, y todo su amor eternamente se glorifique. A este subido punto de ardor llegó el zelo de Santa Catalina, de que son testimonio sus palabras, que despues verémos apoyadas en sus obras.

¶ Sea dada á Dios (dize) alabança, gloria, y honor, aora y eternamente; que, como él sabe, me ha concedido tanto deseó, y tan inflexible de su honra, que varias vezes le he rogado con lagrimas afectuosas, y voluntad deliberada, se digne de concederme la merced especial, de que si puede añadirse gloria á su Magestad por mi conde-nacion (como no sea por averle yo ofendido, y sin apartarme vn apicé de su beneplacido) disponga, que en lo hondo del abyfimo (si se puede dezir, que le tiene) se haga con su severissima Justicia otro profundo, mas horrible, è infame, donde, como la mas culpable pecadora, sea yo puesta como infernal yunque, que, sobre el qual incessantemente descarguen los golpes, para pagar las culpas de todos los pecadores; que ay, ha avido, y avrá. A esto con el coraçon me ofrezco continuamente, y con deliberada voluntad; pensando, que Christo, Cabeza de tantos miembros, quanta es la multitud de los pecadores justificados; los querrá mas que á mí sola, miembro podrido; siendo manifesto, que se multiplicarian en el Reyno del Cielo las alabanças de Dios, si al numero de los Bienaventurados se agregasse por la gracia la multitud de los Reprobos, Y me deshonro se os seguiria, Dios

Lib. 7. Ar-
mas. cap. 9.

*Quid erit,
quid debeat,
quid possit:
Non respicit
eis amoris.
Amor ignorat
iudicium, rati-
one caret,
modum nescit.
Amor non
accipit de im-
possibilitate
solatium, non
recipit de infir-
mitate rem-
edium. Amor
nisi ad infir-
mitatem, necat
amorem: et
ideo vult,
quod dicitur:
non, qui de-
beat. ... Sicut
est, quod amor,
est non ha-
beat iudicium,
habet tamen
studium pe-
ccati. Chryso-
log. de Incar-
natione. Secta.
147.*

mió, de la condenacion de vna Alma sola, que de las de tantas: aunque estoy cierta, de que no puede hazerse deshonra á Vuestra Magestad, Dios Altissimo, è Incomprehenible. Pero si yo indignissima no puedo conseguir el favor, de que por mi condenacion se os multipliquen infinitas acciones de gracias, y alabanças; pues á la altura de Vuestra Deidad no se puede añadir honra: á lo menos, Piadosissimo Señor, hazed-me la de que por mi condenacion todos los pecadores sean salvos; porque reputo por mayor consuelo, y alegría immensa, sin comparación, la gloria de todos los pecadores, que la mia sola. Por esto sin intermision, ni repugnancia me ofrezco intimamente á la Divina reñitud, para que se digne vengar en mí las culpas, que todos los pecadores han cometido, para que de justicia no se me niegue su salvacion. Hasta aqui la Seráfica pluma de Santa Catalina, azorada de los ardores de su zelo: cuyas expresiones, con encuentro de afectos impossibles, no pueden estrañar los Doctos; sabiendo tener el zelo del amor en el coraçon de los Santos propiedades de rayo, como se vió en Moyses, y el Apóstol: y vna vez encendido, ni espera la consulta de la razon, ni guarda modo, ni tiene regla (según Frasse del Chryfologo) para explicarse en estruendos, que arretrando al discurso, le dexan del todo suspenso, entre el miedo, y la admiracion.

Este zelo de Santa Catalina tuvo felizes efectos en la conversion, y salvacion de muchos obstinados pecadores: cuyos coraçones de piedra, se derretian, y deshazian en lagrimas de contricion á la eficacia de las oraciones de la Bendita Virgen. En apoyo desta verdad, pudiera referir muchos

Parte V.

casos: diré vno, è otro de los mas particulares. Huvo en Ferrara vn hombre facinoroso, que convencido judicialmente de enormes delitos, fué condenado á que le quemassen vivo en hoguea publica. Era el miserable de aquellos, que rotas las riendas del temor de Dios, y de la razon, se entregan del todo á vna vida bestial, sin tener para sus operaciones mas regla, que la del gusto; ni otro mobil, que el de la passion: hombres verdaderamente, que para ser mas bestias que los Brutos, y mas fieros que las Fieras, reservan aquel poco de obscura racionalidad, que basta, para refundir malicia en todo lo que obran. La costumbre continuada en este modo de vida avia de tal fuerte endurecido el coraçon del desdichado, que hablarle en puntos de su salvacion, era irritar su lengua, para soltar vn torrente de blasfemias contra Dios Nuestro Señor, contra los Santos, y contra sus Sacramentos Santissimos. Pareciale, que la multitud casi inmensa de sus horrendos delitos no podia hallar perdon en el Tribunal Divino; y cargando á Dios la causa de la malicia, abominaba de su Bondad, y desesperaba de su Misericordia. Despues convertido al demonio, le lamaba en su focorro, sobornandole con la publica entrega, que desde luego le hazia de cuerpo, y Alma. Muchos Sacerdotes, y Religiosos de espíritu probaron las fuerças de su zelo, para ablandar aquella obstinacion: pero trabajaron en vano; porque avia ya contraido las calidades del hierro frio, que con los golpes se endurece mas. Llegabase el termino de la sentencia, y toda la Ciudad estaba tan llena de escandalo, como de afflicion, viendo tan cercana la perdicion eterna de aquella Alma, dexada toda en manos de su blasfemo, y mas que barbaro despecho.

Gg

En

En este desconsuelo fue la última diligencia recurrir al Convento de Corpus Christi, donde estaba Santa Catalina, para que de Comunidad hiziesen oracion las Religiosas, pidiendo al Señor ablandasse la dureza de aquel desdichado, y le moviesse à penitencia. Dieron el aviso à las Monjas la mañana del día antes de la execucion de la sententia: y Santa Catalina pidió licencia, para estarle todo aquel día en el Coro, continuando su oracion por la presente necesidad. Passò todo este día, y la noche, y parecia que los Cielos se avian hecho de bronçe, segun se resistian à los gemidos, y lagrimas de la Santa. No abandonò por esto su empresa, sabiendo que la sagrada portia de vna confianza humilde, siempre franquea las puertas de las Divinas piedades. Perseverò en su oracion, y al despertar sus luces la Aurora; como si la enamorada Virgen preparasse el arco, para dispararle à Dios las flechas, tendiò los brazos en Cruz, y reuniendo en el coraçon todas las fuerças del amor, y de la esperança, començò à

„ dezir, bañada en lagrimas: Dulcísimo Esposo mio, no me levantaré de aqui, si no me dais esta Alma, redimida con el inestimable precio de vuestra Sangre. No merezco que me oygais, por lo que soy; pero si por lo que alego, que es vuestra misma Bondad, vuestra Clemencia, y vuestros infinitos merecimientos.

„ Vos dezis, Bien mio, que no queis la muerte del pecador, sino que se convierta, y viva: Pues hagase en esta ocasion segun vuestra palabra, y quedé exaltada sobre todas las obras de vuestro Poder, vuestra infinita misericordia. Apenas acabò la Santa su oracion, quando el Señor, herido el coraçon como Divino Esposo, se diò à partido; y en voz sensible, que salió del Sagrario, donde se

guardaba el Santísimo Sacramento, la dixo esta formales palabras: *Esposa mia, no puedo ya negarte lo que me pides: quiero que te se de esse Alma, y que se salve por tu amor.* Notable expresion de vn Dios Soberanísimo! mas estas son las frasses, que su amor reserva, para saben desarmar sus iras, y herirle con sus mismas flechas el coraçon. Póstróse en tierra la Santa, y sumergida igualmente en el abysmo de su nada, y en el de la Bondad Divina, se exhalaba toda en afectos de humildad, y agradecimiento por el favor recibido.

En el mismo punto, que el Señor habló à su Sierva, hirió el coraçon del hombre con la vara de su Virtud; tan poderosamente, que començò à desfatarse en copiosos raudales de lagrimas, pidiendo à voces misericordia. Reconociò la horrenda monstruosidad de sus culpas, y resuelto à confesarse de ellas, pidió que le traxessen el Confessor de la Santa, para hacer su confesion. Hizola con verdaderas demostraciones de dolor perfecto, y con tanto consuelo, y edificacion de la Ciudad, quanto avia sido antes el desconsuelo, y escandalo por su obstinada protervidad. Creciò la alegria de todos, quando aviendo sacado al reo por las calles publicas, para llevarle al fuego, le oian confessar à gritos sus culpas, y pedir perdon, deshecho en llanto. Llegò à la hoguera; donde le arrojò el Verdugo; y todo el tiempo, que le durò la vida entre las llamas, estuvo invocando en altas voces el Dulcísimo Nombre de JESVS, como la Santa se lo avia aconsejado en vn papel, que le escribió, para consuelo, y aliento, luego que el Señor la certificò de su buena dicha.

Vn Principe de Italia, que de su autoridad, y poder hazia salvoconducto para pecar, corria tan defendidamente la carrera de los vicios,

que

que ni consejos, ni amenazas de la Santa pudieron detenerle, y se temia con justa razon su última ruina, despenado en el precipicio de la perdicion eterna. Herida Santa Catalina de este dolor, dispuso hazer particulares ejercicios de ayunos, y oraciones, para que la Divina Bondad se apiadasse de aquel miserable, embiándole de lo alto su luz, y su verdad, que desterrassen las tinieblas de su entendimiento, y llevassen su coraçon al estado de la gracia. Perseverò la Santa en estas peticiones algunos dias, y en vno de ellos tocò la mano del Señor al Principe repentinamente de modo, que reconociò ser mudança de la diestra del Altísimo, la que experimentaba en su Alma; porque el deleyte de la culpa, que antes le tenia embriagados sentidos, y potencias, ya se le representaba, como intolerable abominacion. Horrorizabase todo viendo tan à los ojos el derrumbadero, à que le avian llevado, y en que le tenian sus pasiones brutas, con evidente peligro de caer en los abysmos, y perder à Dios para siempre. Con este conocimiento tratò de dar buen cobro à su vida, començando por vna confesion general, que hizo con el Confessor de la Santa, à quien diò las gracias de su feliz desengaño, y la pidió con muchas lagrimas continuasse por él sus oraciones para la perseverancia. La Santa le diò palabra de hazerlo, y por este medio acabò el Principe la carrera de su vida tan exemplarmente, que borrò con sus exemplos todos los passados escandalos. He referido por singular la conversion de este Principe; porque ay algunos Soberanos, que haziendo del vicio, nõ solo naturaleza, sino ostentacion, y gala, dificultandobladamente la enmienda: y así como suele ser necessario vn milagro, para arrancarlos de la razon de Esta-

parte V.

do, quando se fixan en ella contra la razon: así son menester duplicados milagros, para que buelvan al estado de la gracia, vna vez que llegaron à hazer punto, costumbre, naturaleza, y autoridad de su mal estado.

No es menos para ponderada la conversion de vn Religioso, quando roto el temor para con Dios, y la verguença para con los hombres, se dexa arrastrar de las ceguedades brutas de su passion. Tal era vn Frayle de nuestra Familia, que despues de algunos años de Abito, en que vivió bien quieto, por ajustado à sus obligaciones, començò à contemporizar con su amor propio mas de lo que debiera. Y como en dando vn poco de rienda al bruto del apetito, toma tantos brios, que se rebelà contra la razon, sin bastar sus fuerças para refrenarles: se le hazia intolerable carga el sequito de la Comunidad; y por quantos medios podia, procuraba sacudirla de sí. Con esto cayò en vna profunda melancolia, en que hallò el demonio puerta franca, para entrar à persuadirle, que ya que nõ podia desatarse de los votos de la profesion, tratasse de romperlos, y buscase en la fuga la libertad, para vivir à su gusto; sin ser tan necio, que eslabonasse los dos infernos de esta vida, y de la otra. Diò el miserable los oídos, y el coraçon à la sugestion del demonio; y desnuado, primero de la gracia de Dios, y despues, del Abito Religioso, vió en el de secular su confusion, y la maldicion Divina; porque apostató de la Orden. Viviò algunos años en el siglo, como quien vivia lexos de Dios, y fuera de sí mismo: con que fuè como forçoso, que à defaciertos de Prodigio se fugiesen sus escandalos. Llenaron éstos de infamia su nombre, y de dolor à la Bendita Virgen, que informada de todo por los Religiosos de nuestra Orden, ponderaba dignamente el la-

Cg 2

men-

mentable estado de aquel infeliz Apofata. Conocia la dificultad de su conversion, porque fordo à los repetidos golpes de la conciencia, y llamamientos Divinos, vivia dexado todo en manos de su consejo, y huia de la Misericordia, como pudiera de la Justicia. No por esto cayò de animo el zelo de la Sierva de Dios, y entrò con viva Fè, y alentada Esperança en la empresa de la salvacion de aquella oveja perdida. Multiplicò à este fin lagrimas, gemidos, y oraciones en la Divina presencia, hasta que finalmente penetrò los Cielos, y salió bien despachada. Bolvió en si el perdido Religioso, y aviendo reconocido con la luz del desengañò el confuso laberinto de culpas, en que le ayia metido su ceguèdad, tratò de salir de èl, restituyéndose à la Religion, que le recibì con los brazos abiertos, y con entrañas de verdadera Madre. Viviò algunos años en ella tan entregado à exercicios de penitencia (sobre la que à sus delitos señalaron los Prelados) que era edificacion de los Religiosos: y acabò cerrando su vida con la llave de oro de vna preciosa muerte. Luego que murió revelò el Señor à la Santa, como aquel feliz pecador avia debido la salvacion à la eficacia de sus oraciones.

No solo se empleaba el zelo de la Santa en levantar à los caidos, sino tambien en detener con socorros prompts, à los que estaban para caer, quedando en vno, y otro efecto igualmente calificada su Caridad; pues no es menos estimable la medicina, que preserva, que la que sana. A este fin escribió su celebrado Libro de las *Siete Armas*, descubriendo en èl los ocultos lazos del enemigo, para que prevenidas las Almas con la prudente cautela, los desarmen, y queden con la victoria. Esto mismo, que

previno su pluma para las ausentes, executaba con maravillosos efectos en las Monjas de su Convento, quando las veia en peligros de Alma. Dirè solos dos casos en prueba de esta verdad. Vna Monja de buen espiritu, cargando la consideracion en las culpas de la vida passada del siglo, y en las tibiezas de la presente; largò demasiadamente las riendas à la tristeza, sin cautelarse de sus extremos; que con el hermoso nombre de humildad fueron correr muchas vezes hasta las puertas del despecho. Así sucediò à la Religiosa, que digo; porque quando menos pensò, se hallò en vn tenebroso caos de confusiones, y desconfianças, que todas las inducian à aborrecer el estado, que professaba, y à idear medios, como hazerle menos penoso (yà que no podia desatarse del) entregandose à todas las libertades del apetito. Muchos dias anduvo la triste lidiando con estos pensamientos, que la despedazaban el coraçon; y se hallaba tan acosada, que estaba en terminos de rendirse. En este punto diò el Señor luz à su Sierva del peligro, y conflicto de aquella Monja, y corriendo desalada à buscarla; quando la encontrò, la dixo con incomparable afecto: Dulcissima Hermana mia, bien conozco las angustias, y tribulaciones de vuestro coraçon; pero quiero que os consoleis, y fortalezcáis, combatiendo valerosa, y constantemente; porque de parte de Dios os doy palabra, que os ayudará, y no dexará de embiaros el consuelo. Yo me ofrezco à estar por vos en el Purgatorio hasta el dia del juyzio, si fuere menester para satisfaccion de vuestros pecados. Desde agora los cargo sobre mi, y los admito por míos; y salgo à esto con todo el coraçon, queriendo hazer yo la penitencia.

„Ha-

„Hagoos tambien participante de los bienes que ay, ò puede aver en mí, para que perseveréis guardando la Fè dada à vuestro Criador. La Divina Misericordia, que alumbrò à su Sierva de la tribulacion de aquella Monja afligida, no quiso que sus palabras se bolviesen vacias, y las diò voz de virtud tan poderosa, que al punto se serenò la tormenta de la paciente; y quedò tan fortalecida, para pelear las batallas del Señor, que fuè muger de grande espiritu, y muy señalada en Virtudes.

En el mismo conflicto de la Religiosa, que acabo de referir, se hallaba la V.Sor Iluminada Bembí; que sucediò à la Santa en Prelacia, y escribió muchas de las cosas mas notables que sabemos de la Sierva de Dios. Padeçia, pues esta Religiosa; y hazia mas desesperado el remedio, ocultandò de su Confessor el mal; porque el horror de sus mismos pensamientos la quitaba la voz, para explicarle: Tentacion peligrosissima sobre toda ponderacion en el camino del espiritu. Ilustrada de todo Santa Catalina, salió al encuentro à Sor Iluminada en la ocasion, que con mucho calimiento de Alma estaba batallando con sus interiores sugestiones. Puso en ella los ojos Benignamente la Sierva de Dios; y sonriyendose la dixo: *Ol cobarde, que así te rindes.* Con estas palabras solas quedò Sor Iluminada bañada toda de luzes, y consuelos, que desaparecieron las melancolicas sombras de su afliccion; y prosiguió en fortaleza de espiritu la carrera de la perfeccion, hasta llegar à lo mas eminente de ella. Despues que Catalina consolò en el caso referido à Sor Iluminada, la ponderò, aver sido la mayor de sus tentaciones la del silencio; porque en èl se asegura el demonio para todos sus ardidès contra las Almas espirituales: y que lo mismo es verfe descu-

Parte V.

bierro el infernal dragon, que darè por perdido. Tambien para alentarla mas, la descubriò, que haziendo oracion por ella, para que el Señor la fortaleciesse en su Vocacion, quando vino à tomar el Abito; se le apareció MARIA Santissima, y la revelò, que permaneceria constante en el estado Religioso.

CAPITULO XV.

DE OTROS EXCELENTES, Y milagrosos efectos de la Caridad de Santa Catalina con los proximos.

ECUNDA Madre de todas las Virtudes, que nos perficacion en orden al proximo, suele ser la Caridad fraternal; pero entre todas ellas, la que siempre se alimenta à sus pechos; la que logra sus intimos abrazos; la que descansa en su seno; y en fin, la que en el rostro trae la mas viva señal de hija suya, es la Misericordia, y compasión con los proximos; solicitando por todos los medios posibles el alivio de sus miserias. Por esta razon no quise historiar la Misericordia de Santa Catalina entre las Virtudes Morales; y lo hago agora para explicar en ella; y por ella los excelentes efectos, que reitan elcrivir de su Caridad benignissima. Estaba esta santissima Virgen tan conaturada en su coraçon, que mas que virtud parecia naturaleza. Ninguna Madre amaria con tales extremos de ternura à las Hijas de sus entrañas, como Santa Catalina à las Hermanas de espiritu, y à todas las Hechuras de su Esposo. El aprecio, que hazia de las Religiosas por el glorioso título, y altissima dignidad de *Esposas de Jefe Christo*, le protestaba, llamandolas *Mis Señoras*, siempre que hablaba de ellas; A todas reverenciaba como à

Cg 3. Sanj

Santas; porque el ardentísimo amor con que las amaba, la dexaba sin ojos, para descubrir las faltas, que solian tener como criaturas. Si tal vez fallia à lo publico el defecto, ò imperfeccion de alguna, de modo, que no podía negarle; lo disculpaba para configo, y con las demás, con tan alta discrecion, que siempre quedaba bien puesta en su concepto, y en el de todas la paciente, y en el mismo grado de estimacion que antes. Era verdaderamente su Caridad, como la de vna Madre muy apasionada por sus Hijos, que siempre los tiene por los mas hermosos, aunque à los ojos de los estraños sean en la realidad feísimos.

Quando se levantaban entre sus Monjas aquellos torvellinos de quejas, y murmuraciones, que turban la serenidad de la paz Christiana, y concordia Religiosa; quedaba su coraçon traçpassado de pena; y por quantos medios ingeniaba su amor, y su discrecion (que eran muchos) solicitaba la tranquilidad. Consiguiòla siempre con maravillosos efectos; porque nunca dexa Dios de favorecer los conatos de vna intencion sencilla, q̄ mirará derecha, y desnudamente su gloria. Teniála enseñado la experiencia, que en las Comunidades de mugeres espirituales, de ordinario no se fomenta el fuego de la discordia, sino por el siniestro, y torcido juycio, q̄ forman las vnas de los procederes de las otras; persuadiendose cada vna con vna oculta soberbia, ser ella sola, la q̄ procede con mas discrecion, y zelo; y que la que no sigue su camino, debe tenerse por descaminada. Con esto reciprocamente se desprecian en su corazon, hazense linceas, para fiscalizarse, olvidanse de la humildad, entreganse à la murmuracion bautizada con el nombre de zelo; y pierden la tranquilidad del Alma, afoxan, si no

rompen, el estrecho vinculo de la Caridad; contristan al Espiritu Santo, dan muchos triunfos al demonio, y se alexan de la perfeccion Christiana por los mismos pasos, que les parece caminar à ella. Para cortar por la raiz tales, y tantos males, que todos se conspiran à quitar la vida, ò, à lo menos, las fuerças à la Caridad: escribió la Santa la siguiente doctrina, dignissima de que quedara impressa en los coraçones de todas las Personas Espirituales.

**DOCTRINA DE
Santa Catalina de Bolonia,
para la perfecta practica
de la Caridad del
proximo.**

Carísimas Hermanas mias, para gloria de Dios N.S. que es todo caridad, y para bien de vuestros espíritus, que yo amo con todas las fuerças de mi coraçon: os protesto sencillamente, que en los muchos años ha, que estoy en la Religion, no he dado lugar à penia, hambre, ò juycio menos recto de las Religiosas; porque siempre creí, que, la que al parecer exterior es defectuosa, ò de poco talento, estará en gracia de Dios; y quizá en sus Divinos ojos ferá mas accepta, que la que à los nuestros se muestra mas exemplar. Conforme à esto, podeis creerme, que à todas os tengo en suma veneracion, como à imagenes de mi Señor; principalmente à nuestra Madre Abadesa, acordandome tiene dos Angeles de Guarda, que la asisten, para que, sin errar, os dirija segun la voluntad de Dios. No puedo dar entrada al mas minimo pensamiento, con-

contra ella; y juzgo que es bueno, y santo todo lo que ordena, y haze en mi, y en las demás. Ni de las personas, que sirven à Dios, debe escandalizarse alguna; porque aunque en ellas se vean manifestadas imperfecciones, ha de entrar luego la compalsion, diciendo: *Como esta criatura es defectuosa por esta parte, yo lo soy por otra; y Dios solo es el Santo sin defecto.*

Por esto las Religiosas han de soportarse vnas à otras con dulçuras; que es mucho yerro querer que todo vaya debaxo de vna cuerda, y con lo contrario se ofende al Espiritu Santo; pues aunque no ay mas que vn Dios, y vna Caridad, ay, emperò, muchos caminos, para servirle: porque conociendo el mismo Señor con su discrecion infinita los varios genios, y gustos de los hombres; quiso condescender con sus criaturas, y gusta que se sirvan al modo mas proporcionado à su natural instinto. Siendo, pues, las inclinaciones tan diferentes; no es maravilla que parezca, que los vnos proceden diversamente, que los otros; y que todos obren bien, glorificando à Dios unidos en vn fin. El Glorioso San Arsenio siempre estaba melancolico, y con lagrimas, sin admitir consuelo de este mundo. Por el contrario, el Grande Antonio continuamente vivia contento, y alegre, y persuadia esto mismo à sus Discipulos, diciendo: *Repugna, que el Siervo de Dios este triste; y no conviene que los que aspiran à las alegrías del Cielo, se melancolicen.* Pues si estos Santos fueron de dictamen tan diverso, y no puede decirse, que se engañaron: por que me he de escandalizar, de que mi proximo vaya por otro camino del que me parece bueno, y mas agradable à

Dios? Y si el Señor gusta de ser servido de aquel modo, que yo reprehendo; mi parecer le desagradará, metiendome en el riesgo de perder su gracia por mi opinion indiscreta. Dexo aparte, que muchas vezes mi curiosidad, y soberbia me mueven à la correccion, y no el zelo de la honra de Dios, ni el deseo de que se quiten los peccados del mundo; porque, sin pertenecerme, me prefiero al proximo; y quisiera, que todo fuese à mi gusto, resistiendome de que suela no suceder asì, encubriendo mi vicio con capa de zelo de la honra del Señor. Pero este Juez, à quien la malicia humana no puede engañar, descubre mi faldedad; y con mi daño toma vengança à su tiempo.

Ninguna lengua puede significar la paz del Alma fiel, que en el proximo no ve sino lo bueno, ni le murmura, ni le juzga; porque aun en medio de las olas de este mar de la vida está tranquila; no por lo menos, la voluntad de tal Alma se conserva unida con la del Señor, à quien dexa el juycio, sin tomarle el cuydado de las acciones ajenas. Con esto descuyda de todo, y sirva à su Criador en la paz, y en la guerra con igual estimacion de todos; viendo à la luz de la Fè, que todo dimana de la providencia, del q̄ jamas falta, ni puede ser engañado; i dexa de tener fin dichofo todo lo que el gobierna, aunque à vezes parezca lo contrario.

Ni penséis, que para juzgar bien de todas, es escusa el decir, que no podeis detener los pensamientos; porque aunque es así verdad, que en algunas ocasiones es difícil, y aun imposible, que estas importunas moscas no nos molesten; pero con todo esto debe

Grasset. lib.
3. cap. 6.

be la voluntad reglarle à no con-
sentir, y la lengua à callar. Esto nõ
ay quien no lo pueda hazer; por-
que la voluntad, asistida de la Gra-
cia Divina, es tan fuerte, que nõ
bastarán à transformarla para el peca-
do el demonio, ni las criaturas, ni
podrán hazer que se aparte de la
Caridad Christiana, si ella no con-
siente.

Estos eran los dictámenes de
Santa Catalina para la perfecta pra-
ctica de la Caridad del proximo; à los
quales se ajustò tan estrechamente,
que yà les parecia à las mas de las
Monjas, que tocaba en nimiedad: y
para no reelegirla en Abadesa, des-
pues de la primera vez, solo tuvieron
que alegar, era extremadamente be-
nigna, como dirè con mas exten-
sion à su tiempo. Aviafe fixado tanto en
su coraçon el aprecio, y buen juicio,
en que tenia à todas sus Religiosas,
que en el Convento de Bolonia, don-
de fuè Prelada, quiso quedasse esta-
blecido por Estatuto, que no huviesse
carcel: porque dixo siaba en Dios no
harian sus Hermanas delito, digno de
ella.

Si acafo en el semblante de algu-
na conocia, que estaba afligida, no
sabia foflegarle hasta verla consolada,
por quantos medios eran posibles.
De aqui se le recrecieron graves mor-
tificaciones (como dexo dicho en otra
parte) porque la Prelada, y otras
Monjas glossaban à impertinencias
mugeriles las expresiones de su com-
pasion caritativa. Observabafe el si-
lencio en el Convento con tanto ex-
tremo, que no era permitido hablar
sin vrgentiísima necesidad, ò licen-
cia de la Prelada: y se estendia este ri-
gor (segun parece inferirse de lo que
despues dirè) à prohibir aquellas co-
munes, y reciprocas señales de be-
nevolencia, que se practican entre
los Fieles de Christo, para saludarse

familiarmente, segun varios estulos de
los Payles. Esta prohibicion nunca
fuè de la aprobacion de la Santa; y
servia de tanto torcedor à su Cari-
dad, que la expreso por escrito con
palabras de gravissimo peso: y no sin
enfasis, que, confiesse ingenuamen-
te, no acabo de comprehender. Ello
es cierto, que su quexa parece toda
mysteriosa, y quizà, en quien la pe-
netre, podrá tener mucho fruto: por
ello no he querido dexar de copiarla
con las mismas palabras, que la escri-
viò: Padeci (dize) intimos, y peno-
sos dolores, y al tiempo de la quen-
ta se labrà, no aver sido causa de
ellos; porque engañados algunas
vezes los Superiores, *sub nomine, &
vocabulo sensualitatis impediunt fructus
altissima Charitatis.* Con el nom-
bre, y pretexto de sensualidad im-
piden los frutos de la altissima Car-
idad, dando à su rebaño lo que nõ
pueden roer, ni digerir. Esta es vna
de las causas, que arruinan la ob-
servancia de los Conventos.

Ay de mi! que la astucia, de los
que se oponen à las buenas obras,
ha crecido tanto en este tiempo,
que con sus artes superficiosas, y
nuevas invenciones (fuera de toda
ley, si se considera à buena luz, y
con Caridad) ha podido hazer, que
en las Comunidades Santas no ten-
ga yà lugar, lo que Jesu Christo, que
no puede errar, enseñò à sus Apòs-
toles. No es necesario acordarlo
à personas de corto entendimiento:
pero quisiera yo, que quando se
juntasen, se diessen la paz en señal
de verdadera dileccion; para que
con esta demostracion exterior se
aumentasse el fuego de la Santa
Caridad. Oy experimentamos lo
contrario, que por no exercitarla
con prudencia, và faltando siem-
pre: como el fuego material, que
separado de la leña, poco à poco se

apaga.

apaga, hasta enfriarse del todo: y
la experiencia descubre ser la razon
de esto; que vnos à otros se da
paz. Pero el demonio al presente
ha podido tanto, que con pretexto
de mayor virtud, ha baraxado la
raiz de todas ellas, pues ya vnos
entre otros no la exercitan. Al buen
entendedor pocas palabras. Mas el
que por disposicion Divina es Me-
tete, digo de agenas enfermedades,
piense (por Caridad de Dios!) con
diligente examen la nociva, y fu-
nesta ruina, que se sigue à la falta
de dileccion fraternal; pues la mas
noble, y necessaria virtud, que pue-
de aver en las Comunidades (que
es saber llevar el peso, y condicion
vnos de otros) esta tan debil, y an-
quilada, que la aitta mas leve pa-
rece vna pesada viga. Por esta def-
vniõ, ò falta de concordia, se re-
conoce quan necesario es el vna-
nime exercicio de la Caridad inte-
rior, y exterior Religiosa, y Santa;
para que el enemigo, que intenta
apagar tan necesario fuego, se con-
funda, y sea arrojado al infernal
abyfino. Hasta aqui la Santa.

No obstante, que compraba el
alivio, y consuelo de sus Hermanas
al coite de su mortificacion, no aban-
donaba la empresa, ayudandose de
toda la discrecion, y paciencia de la
Caridad, para lograr sus fines, sin fal-
tar à los apices de la obediencia. Prac-
ticaba principalmente estas Maximas
con las enfermas; en quienes miraba
la Imagen viva de su Celestial Esposo,
hecho Varon de dolores, y llaga-
do de pies à cabeza en el duro lecho
de la Santa Cruz. Por esta razon ten-
nia vna santa embidia à las enfermas;
y para su consuelo, y aliento solia
dezirlas: *Hermanas mias, aora sois ciertamente
Amigas, y Esposas de Christo: aora lograis
sus abrazos; porque dixo estar con el Justo
afligido, y que la virtud se*

perficiona en la enfermedad. Pues quien
avrà que desheche estar enferma, y pade-
cer quebrantos, teniendo tan cerca de si
un Señor tan benigno, y amoroso, como
nuestro Dios? Gran bien es estar por este
medio continuamente con Christo.

Aunque nõ tenia por oficio la En-
fermeria, nõ sabia salir de ella todo
aquel tiempo que nõ se lo estorbaba
mayor obligacion: y con vna astucia
discretissima ganaba la voluntad à
las Enfermeras, para que à ella la
permitiesen executar en las enfer-
mas los medicamentos, y otros bene-
ficios humildes, y penosos. Muchas,
que sanaron de sus dolencias, attri-
buian su salud mas à la virtud de las
manos de Catalina, que à las de las
medicinas: pero en dos ocasiones es-
pecialmente se manifestò el Señor
por este medio, maravilloso en su
Sierva. Hizosefe à vna Monja vna
apostema en la cabeza, cuyas mate-
rias corrompidas, y aquefrosas, la
atormentaban igualmente con los
dolores, y el mal olor. Este con el
tiempo llegó à ser tan hediondo, que
faltaban las fuerças à las Enfermeras
para la asistencia, nõ sin mucho des-
consuelo de la paciente. Con este
motivo Santa Catalina, arribatada
de su misericordia, se abrazò con la
enferma, y aplicando la lengua à la
podre de la apostema, la limpiò de
modo, que quedó la Monja repentinamente
sana. Dieron todas gracias
à Dios Nuestro Señor por este bene-
ficio: pero vna de ellas, admirando
aun mas el acto heroyco de Santa Ca-
talina, que la sanidad milagrosa de la
enferma, la dixo: Es posible, Catali-
na, que tuviste valor para lamer aque-
lla inmundicia? *Hermana* (respondiò
la Santa) *para mi fuè sumo consuelo ha-
zer tal obsequio à la Imagen de mi Señor,
que quiso por ella, y por mi estar tan lla-
gado como vn leproso.* Despues clavan-
do los ojos en vn Crucifixo, que avia
fo.

Lib. de las
7. Armas,
cap. 2.